

2da Antología del Concurso de Cuento y Poesía

USAQUÉN 451

Fundación Fahrenheit 451

2da Antología del Concurso de Cuento y Poesía

USAQUÉN 451



**Fundación
Fahrenheit 451**

2da Antología de cuento y poesía

Usaquén 451

Alcaldía Mayor de Bogotá
Junta Administradora Local

Derechos reservados Fundación Fahrenheit 451

© 2012, Varios autores.

© Fundación Fahrenheit 451

Antología, compilación y edición realizadas por:
Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama
Prólogo: Antologistas

Proyecto realizado en el marco del convenio 021 entre
el fondo de Desarrollo Local de Usaquén y la
Universidad de Cundinamarca.

Proyecto Estímulos y Apoyos Concertados Usaquén
2011-2012.

E-mail: fund451@gmail.com

ISBN 978-958-57084-0-2

Segunda Edición 2012
Diseño carátula y Diagramación:
María Camila Aguirre

Impreso por PUENTES IMPRESORES LTDA

Calle 71 N° 691 - 21

Tels: 604 0104 - 240 0494

Hecho e Impreso en Colombia.

Presentación

Alguna vez el escritor británico John Milton aseguró que “la juventud anuncia al hombre como la mañana al día”. La frase cobra especial importancia ahora, sobre todo si se relaciona con la naturaleza de la segunda versión del Concurso de Cuento y Poesía -Usaquén 451- y los compromisos que estos nuevos autores tejen con el mundo de la palabra escrita al ser publicados en esta antología.

Es un motivo de orgullo para la Fundación Fahrenheit 451 presentar, por segunda ocasión, el compendio de los mejores trabajos presentados al Concurso de Cuento y Poesía que sigue convirtiéndose en un valiosísimo canal de comunicación entre las distintas generaciones a través de la literatura.

Los 12 talleres que se dictaron a lo largo de la localidad de Usaquén y las más de 160 propuestas recibidas de los jóvenes son el reflejo de una nueva generación de escritores con hondas preocupaciones sobre su entorno, los sentimientos y la vida misma que quedan, ahora, plasmadas en papel.

Para el jurado no fue labor fácil seleccionar y categorizar los textos recibidos. No solo por el alto contenido emotivo de las propuestas (en las que se ven reflejados los sueños de jóvenes que despiertan a la vida y que han encontrado en las letras un refugio o un medio de expresión), sino también por la alta calidad artística que hizo de las deliberaciones un auténtico round de debate en el que se necesitaron horas de discusión para definir a nuestro afortunado grupo de ganadores y finalistas.

La reflexión histórica, moral y de género son tan solo algunos de los temas que se mencionan en las páginas de este libro que da cuenta de las experiencias que se abren paso a través de los años de tránsito a la vida adulta. Este libro es, así, un fuego que nos expone a la mirada de los otros y que esperamos se convierta, a futuro, en una llamarada de literatura comprometida con la realidad social de nuestro país.

Ésta es una ocasión especial para agradecer a las instituciones que se sumaron a esta iniciativa y que, por segunda ocasión, permitieron a la juventud de nuestra localidad manifestarse a través del arte.

El Concurso de Cuento y Poesía -Usaquén 451- fue uno de los proyectos ganadores de la convocatoria de apoyos concertados de la Alcaldía Local de Usaquén en 2012, y da cuenta del interés por apoyar la cultura y las letras en la localidad. Sin embargo, los 20 autores nuevos publicados en el libro demuestran que se necesitan iniciativas que promuevan el arte escrito que es, en últimas, el espacio de los que buscan la libertad. Esta antología deberá convertirse en un compromiso que no solo incluye a quienes fueron seleccionados o favorecidos con la realización del proyecto, sino también a los encargados de las políticas locales, al sector educativo, a los padres de familia y amigos de quienes alguna vez han decidido comprender el mundo con palabras.

Que estas páginas constituyan un motor de aliento y se conviertan en un valioso punto de encuentro para el patrimonio cultural de la localidad de Usaquén. No cabe más que despedirnos hasta el próximo año, cuando, una vez más, el talento de los jóvenes nos permita sentarnos a reflexionar sobre el mundo que construimos, el que leemos y el que escribimos.

ÍNDICE

Presentación	9
CUENTOS	
La vida, a veces, sucede de repente	17
Juan Felipe Lozano Reyes (1991)	
Who is Alice?	21
Rie Kaneko Bojacá (1995)	
Cansado y cantando	27
Cristian David Sierra Durán (1994)	
Códex	31
Jhonatan Duquino Rojas (1987)	
Salud y sueños en una caja	39
Ana María Pulido Sarmiento (1995)	
Una muerte en Granada	43
Ilse Ávila Cabeza (1996)	
Un paso después	49
Daniel E. Laiton Moreno (1995)	
Eso fue extraño	55
María Paula Montoya Gacharná (1989)	
Relato de una rosa en invierno	61
María Camila Franco (1995)	
Hermosa Clara	67
Diana Alejandra Quisobony (1989)	

POEMAS	
Eclipse extraviado	73
Dénniss (1993)	
A Ana María, la arruinadora de la física Einsteiniana	77
Eldanzator (1994)	
El culumpio en el árbol	79
Daniela Andrea Moreno Mogollón (1997)	
El ocaso de mi ligera tempestad, ¡¡¡el alba de mi felicidad!!!	81
María Alejandra Nomesqui Olaya (1996)	
Apología a un lobo	83
Jonny Alberto Ávila Manrique (1990)	
Amor ausente	87
Luis Eduardo Molina Rivera (1996)	
El gato negro	89
Andrea León (XXXX)	
El tren de las cartas	91
Juan David Castaño Londoño (1996)	
Manifiéstate	93
Ana María Jaimes Martínez (1995)	
Agonía	95
Manuel González Pamo (1996)	

Gu
ten
to

La vida, a veces, sucede de repente.

Juan Felipe Lozano Reyes (1991)

“O Fortuna
velut luna,
statu variabilis,
semper crescis
aut decrescis...”

(O Fortuna, Carmina Burana)

Carmina Ayala se levantó ese día con toda la fuerza de sus cuarenta y tantos –casi sesenta–, orgullosa de su nombre y dispuesta, como nunca, a pervertir al hermoso muchacho moreno que le llevaba el periódico todas las mañanas, antes de mediodía. Disponía aún de unas tres horas y se tomó el tiempo necesario para hacer un sabroso desayuno de huevos, pan, café negro, mermelada, mantequilla, jugo de naranja y un pedacito de torta de chocolate, para luego meterse en el fondo de su bañera llena de agua que estaba a la temperatura perfecta. Luego se vistió con un vestido no muy recargado pero suficiente para el día y, mientras se maquillaba delicadamente, cantaba a todo pulmón y con horrible pronunciación la cantata de Carl Orff, de la que venía su nombre. Un toque de perfume y zapatos altos. Ya estaba lista para recibir a su amor, aquél que había deseado en secreto desde septiembre, cuando se suscribió a ese periódico para tener algo que leer en las noches solitarias.

Las manecillas del reloj se resistían a correr. Tuvo

un momento de sopor, pero no podía dormir porque el muchacho nunca tocaba el timbre ni golpeaba su puerta; solo dejaba el periódico enrollado en la entrada. Por un buen rato, se quedó mirando por la ventana que daba a la calle, asustándose con cada persona en bicicleta que pasaba, para luego decepcionarse. Como cuando uno espera algo con la certeza de que llegará y esa cosa parece no llegar, Carmina empezó a imaginarse los peores escenarios posibles, como el moreno efebo siendo atropellado por un camión o imposibilitado para entregar los periódicos por una gripe incapacitante que justo le había dado esa misma mañana. Pero de repente —estas cosas siempre suceden de repente— oyó la campanita que todas las mañanas anuncia el glorioso momento de escuchar un golpe seco en la puerta y salir corriendo a la ventana para tener una visión, así fuese momentánea. Cada mañana, ella veía ese rostro querido, ese pecho enfundado en una camisa blanca y ese cuerpo esforzado por cada pedalazo dado para alejarse, mientras ella hacía un imperceptible gesto de adiós en el segundo piso. Pero ese día no sería así.

Se levantó de un salto del sillón y se arregló el vestido, corrió hasta la puerta y la abrió de golpe, justo en el momento en que un brazo se levantaba con un periódico entre los dedos, listo para aventarlo contra el lugar donde se suponía habría una puerta, pero ahora estaba Carmina, de pie, digna y con mirada apasionada. El muchacho no tuvo tiempo de reprimir el movimiento, solo de modi-

ficarlo un poco y el atado de papel salió despedido de su mano, cortando el aire y golpeando a Carmina justo arriba de la frente de forma tal que su peluca roja se movió hacia atrás. Con ello, quedó al descubierto una calva que pronto se transformó en la causa de unos ojos llorosos ubicados más abajo, tristes y desconsolados, llenos de rabia y dolor por ver a su dueño expuesto. Carmina sintió la pestañina correrse y la pena incendiar sus mejillas. Sintió el odio que muy dentro de ella había guardado muchos años atrás por ese hombre que nunca quiso ser y que ahora, en el peor momento, se le aparecía para recordarle que tal vez nunca había dejado de ser varón, por más pelucas y vestidos que pusiera en su cuerpo.

Cerró los ojos para no ver la cara de su soñado repartidor y dio un paso hacia atrás mientras su mano buscaba la puerta para cerrarla, tal vez para siempre. El sonido de unos pasos rápidos impidió que acelerara su huida y, de pronto, una mano tocó su calva y acomodó cariñosamente su peluca roja. Carmina abrió sus ojos empegotados por el rimmel y las lágrimas, sólo para ver ante sí una cara morena terminada en unos labios que, de repente —porque todas estas cosas suceden de repente—, se posaron en los suyos con la intención de no separarse jamás.

Who is Alice?

Rie Kaneko Bojacá (1995)

Oscuro y profundo. Me estoy cayendo en un lugar muy profundo. Triste. Estoy muy triste. Perdí algo importante. ¿Qué cosa? Fue algo muy importante, muy importante que no debía perder. Pero... ¿qué era?

Viene. Va a venir la nueva protagonista. Y esta vez, ¿cuánto durará?

Está lloviendo.

—¡Auch!

Despertó y empezó a llorar. Ella no entendía por qué, simplemente estaba llorando. Pasaron 5 ó 10 minutos, por fin dejó de llorar. El cerebro, que no podía pensar nada, poco a poco empezó a funcionar. La niña se paró y vio a su alrededor para saber dónde estaba. No vio a nadie, ni siquiera un pájaro. Solo edificios grises en ruinas.

La niña, que al parecer tenía 16 años, no sabía dónde estaba ni por qué estaba acostada en el piso. No recordaba nada, ni siquiera su nombre. Entró en pánico. Sintió que la ansiedad y la soledad la estaban aplastando.

—¡¡¡AHHH!!! —escuchó el grito de una mujer, la niña corrió hacia el grito. Empezó a oler algo raro, como carne podrida. Corrió una cuadra, y... sintió algo en su cara, algo caliente. ¿Sangre? De repente empezó a oler fuertemente a sangre y algo huyó de ese lugar en ese momento. La niña empezó a sen-

tirse mal y no pudo estar de pie. Quería saber qué sucedió y, al mismo tiempo, tenía mucho miedo de voltearse para ver qué pasó. Pero no pudo estar sin saber y volteó con toda su fuerza. Un hombre rubio estaba ahí, frente a ella. De repente, la niña asustada no pudo hablar.

—¿Fuiste tú? ¡Tú eres el conejo blanco!?

—No le hables así Elliot. La señorita está asustada.

Un hombre con el pelo blanco apareció de repente al lado del hombre rubio. El hombre del pelo blanco, o como le decimos nosotros “El Sombrero Loco”, amablemente se presentó a la niña, pero ella no pudo responder nada. El Sombrero Loco miró a la niña y se quedó pensando unos minutos, al parecer entendió todo lo que estaba pasando. Le contó a Elliot.

El hombre rubio se quedó mirando a la niña con cara triste. Pensando que nunca va a acabar este aburrido, triste y cruel “juego”.

—Pobre niña... Señorita, tú te llamas “Alicia”... — piensa un rato— Pues...en este mundo te llamas así.

—¿Alicia?

—Así es. Alicia, tú eres la protagonista de este mundo, del “juego”.

La niña, a la que le decían Alicia, no entendía nada de lo que decían. Alicia empezó a tener pánico y empezó a gritarles. Para calmarla, El Sombrero Loco la invitó a su favorita y maravillosa fiesta de té.

Como la niña no tenía otra opción, fue a su casa e hicieron una fiesta de té mientras llovía. Olía a

sangre y a carne podrida y no dejaba de llover...

El Sombrero Loco empezó a hablar sobre el “juego”, “Alicia” y “el conejo blanco”. Cosas imposibles de creer. Pero Alicia no se negó ni se quejó. Era tan irreal que pensó que era un sueño y que en realidad estaba en cama durmiendo tranquilamente.

—¿Qué es el “juego”?

—Muy fácil, el “juego” es una forma de vivir en este mundo. Este mundo está hecho de “juegos” y cada “juego” tiene sus reglas que se deben cumplir. Nadie las puede desacatar, ni siquiera la Reina de Corazones. En este “juego” se tienen que matar Alicia y el hombre al que le dicen el conejo blanco. Solo hay una regla. El Sombrero Loco y Elliot deben estar del lado de Alicia y la Reina de Corazones y toda su gente del castillo debe estar del lado del conejo blanco. No hay más reglas. No importa cuánta gente muera, pueden matar cuantos quieran. Sin embargo, solo matando al conejo blanco Alicia podrá regresar a su mundo y recuperar su memoria... o eso dicen. ¿Qué pasa si el conejo mata a Alicia? Obviamente Alicia muere. Esto no es un sueño. Es real. Cuando Alicia muera vendrá otra Alicia y el “juego” continuará. Si el conejo blanco muere pues viene otro conejo. No hay fin en este “juego”. Ni Alicia ni el conejo blanco tienen más opción que matar al otro, o si no, el otro lo matará.

Para buscar al conejo blanco, la niña llamada “Alicia” y El Sombrero Loco caminaban por las

calles. Calles que olían a sangre, llenas de edificios grises y nada más. No había parques, no había árboles ni animales. Solo gris, gris y gris.

¡¡BOOM!!

–Es el conejo. Fue mucho más rápido de lo que pensaba. ¡Vamos!... –dijo El Sombrerero Loco.

Alicia iba detrás del Sombrerero Loco. Cada vez olía peor, olía a gente muerta, a carne cruda y podrida con sangre. A Alicia le dio asco, pero, al parecer, El Sombrerero Loco ya estaba acostumbrado.

¡¡¡BOOM!!! ¡¡¡BOOM!!!

El sonido se iba acercando. Mucha gente muerta, mucha sangre en las piernas. Era muy asqueroso. Alicia comenzó a pensar en el conejo blanco, el hombre que nunca había visto y lo imaginaba. (No, no busques al conejo. No, no lo hagas.) Algo le dijo a Alicia, pero ella lo ignoró.

Al cruzar la esquina, Alicia encontró a un hombre joven asesinado y gente empapada con su sangre. (¿Conejo blanco? Es más un perro callejero)

Un hombre joven se dio cuenta de Alicia y se volteó. Tenía ojos rojos muy bellos, como si fueran de rubí.

–Alicia.

Alicia vio esos ojos bellos pero llenos de tristeza. Además de eso, se dio cuenta de una cosa muy importante. (Yo no lo puedo matar. Porque él es...).

–Lo lamento, Alicia, lo lamento mucho. Pero ésta es la regla. Nadie puede romper la regla del “juego”.

¡¡BOOM!!

–¡¡¡Alicia!!!

Era la voz de El Sombrero Loco.

–Perdón Sombrero Loco, pero yo no puedo matar al conejo, porque él es...

Escuchó sonidos de pistolas, cada vez más lejos y, al final, no pudo escuchar nada.

–Lo recordé.... Me llamo Sofia Liddell. Hace dos años mi madre me abandonó en el bosque. Desde entonces estaba buscando la forma de salir de ese lugar... Ahí apareció él. Él me sacó del bosque, me dio un hogar donde vivir. Me enseñó a ser feliz. Yo estaba riéndome, y él también lo hacía a mi lado. Éramos felices. Pero entonces... ¿Cómo sucedió esto?

GAME OVER....

Esta vez fue muy rápido. Tendré que buscar a una nueva Alicia y escribir otro cuento sobre el “juego”. Ojalá que la siguiente dure más.

¿Quién soy yo? Yo soy el gato de Cheshire. El único personaje que no tiene que participar en el “juego”.

Bueno... ¿quién será la nueva Alicia?

Cansado y cantando

Cristian David Sierra Durán (1994)

Esta madrugada, al abrir mis ojos, percibí el rayo que casi a diario golpea mi rostro. Este inanimado personaje, protagonista de mi insomnio, se abre campo entre los ajados ladrillos de mi cuarto y el tejado.

Cansado... porque llegó el canto de los gallos, que encierra por lucro mi vecina, y porque mis secas pupilas aún no habían descansado.

Después de pasar horas, minutos y unos tantos segundos, me fue imposible convencer de nuevo a Morfeo. Indignado y acompañado por el escalofriante viento de la prematura mañana, tomé mis cómodos tenis con doblez en el talón y, de pie, di gracias por todo a Dios.

Encendí el estéreo. Mientras lavaba mi cara escuché entrecortado el predecible diálogo de los conductores radiales. ¡Harto me siento de tanta estúpida violencia!



¡Violencia!

En mi Colombia querida,
las heridas de mi tierra
se subsanan con las vidas,
vidas que solo buscan libertad.
abriendo sus alas,
dejando atrás la maldad.
Cambian inocencias

por unos cuantos centavos.
Devaluado el paisano
que muere aún siendo un esclavo.



La pobreza de mi gente cada vez a menos personas
interesa. Solo robos, asesinatos y muertes había para
destacar esta mañana y, por si fuera poco, para mi
desayuno no había nada.

—¡Vaya y despierte a la vieja, jódale también el sue-
ño!

—¡Buenos días ma! Hay que ir a comprar unos hue-
vos.

Poco a poco y minuto a minuto, atravesé mi corta
mañana. Como ejercicio matutino, tuve el mandado
de la abuela.



Todos levantan la vista
tratando de abarcar mi tierra alta.
Aquí no vivo, sobrevivo,
pero igual eso me encanta.
El que no sube no disfruta
de esta maravilla de creación.
De la cinta del asfalto hacia lo alto,
ahí estoy yo,
entre la bruma de la noche
de la gran ciudad
y la certeza y la riqueza
que utilizo para rapear.
(Plasma Rap)



Cruzando la añeja esquina de mi cuadra, encontré a un amigo de la infancia, arrollado por la indiferencia de muchos. Duerme entre un retazo de colchón y el aroma cautivante de su recipiente sucio lleno de pegante. Ya es común ver también a los borrachos que se tambalean y que, en sus últimos brillos de cordura, les alegan a sus mujeres. Me siento cansado, no sopor to ver el producto del demonio mismo en los ojos de los transeúntes.

Transcurría la tarde y, como es usual en mis domingos, con grabadora en mano y cuaderno sobre el suelo, escribía un poco de lo que soy: sincera y burda poesía callejera.



¡Soy rap!

No por vivir de lo que hago,
lo soy por el sentido
de mis palabras cuando hablo.

Y soy rapero, por ser una arma mi esmero,
por ser una hoja mi escudo
Y como espada mi lapicero.



Quienes pasaban por mi lado me miraban como a mi amigo, tal como si fuese una criatura sacada de las mismas penumbras. Se alejaban con sus gestos agrios y manos en sus oídos.

Esto es rap y no sonidos del infierno, y mi gorra plana puede ser también un cerebro extenuado y hecho migas por su rechazo.

Regresé a casa de inmediato.

Cayó la noche y, con ella como es usual, los tres

puntuales disparos de las 10:00 p.m. Los vecinos, tras sus transparentes cortinas, ya estaban acomodados sin darle mayor valor a lo ocurrido. Tomé asiento y encendí el televisor. Tras pasar de canal en canal, se me fue un rato y a ningún canal le hallé la razón.

Escuché a lo lejos una ambulancia acercándose. Los disparos. Quizá se salvó alguno, pensé. No aguanté la curiosidad y me asomé al portón.

¡Oh sorpresa me llevé! Cuando vi a un niño casi tapado por completo a las faldas de mi casa y a otro personaje en un rancio colchón. Mi psiquis recordó al drogadicto y en instantes la imagen de mi amigo saturó mi corazón.

¿Pero el niño, qué pasó con él?

Escuché los gritos del conmocionado padre:

—¡Malditos! ¡Malditos sean quienes guiaron la bala al cuerpo de mi hijo!

Otro enigma sin respuesta para mi barrio, y otro ángel a quien el azar le acortó el pábilo de la vida.

Agotado por el tan usual diario, con estigmas en mi corazón, me eché la bendición e intenté descansar.

♪♪♪ Este es el final de mi canción. ♪♪♪

Códex

Jhonatan Duquino Rojas (1987)

Novela, ensayo, historia, cuento, crónica... Las horas del día se me espolvoreaban en un ir y venir de hojas y capítulos; un trasegar de lomos brillantes, ediciones de lujo y de bolsillo. Leía con ansias, con desespero, como un condenado. Leía con la religiosidad que invierte el aprendiz de mago en ocultar objetos y manipular barajas. Era joven entonces. Si me inclinaba por mostrarme autodidacta y lector acérrimo, no era precisamente por un espíritu considerablemente curioso ni por apatía o vagancia, de hecho, ahora que reparo en ello, nunca tuve la autodisciplina para trascender educándome sin guía. Lo que ocurría era que el dinero no abundaba y, en ocasiones extremas, es más saludable, si no imperativo, educar el estómago y hacerle un guiñito a la mente. No obstante, no quería resignarme a una vida mediocre. Sin más alternativas, me aferraba a mis alcances y posibilidades cifradas en un lugar: la biblioteca pública. De lunes a jueves abrían a partir de las ocho de la mañana, extendiendo su horario hasta las siete de la noche, hora en la cual las travesías terminaban, el enajenamiento se evaporaba y volvía a ser yo. Volvía a colgarme, no sin cierto sopor, la vestimenta de ese Gabriel Soto, como me conocían desde hacía más de veinte años, para esos tiempos ayudante de un restaurante de comida china. Vivía con mis abuelos en la casa familiar en donde, además de tíos, primos y sus respectivas parejas, vivían dos inmigrantes de la República Popular China, dueños del restaurante que me acogió. Fue mi abuelo el que insistentemente, una noche en que los

orientales se aparecieron temprano por la casa, les solicitó el empleo subrayando cualidades a mi nombre en las que ni yo había reparado. Los chinos no refutaron mucho y aceptaron enseguida, tal vez porque son casi tan parcos como se muestran en las películas. Acordamos mis labores y el horario. Al día siguiente ya me esperaba un delantal negro y una gorra roja para iniciar labores. Todo lo que hice esos primeros días fue atender el teléfono, ofreciendo la variedad de arroces fritos que teníamos a disposición para luego llevarlos oportunamente al cliente. Con todo tipo de gente me topé en aquellas diligencias. Desde secretarias y ejecutivos en elegantes oficinas aromatizadas hasta extrañas personas que en la penumbra de una puerta, sin abrirla del todo, casi que me arrancaban los dedos con las bolsas de comida para luego arrojarme el dinero por la ventana, como si les estuviera mendigando unas monedas. ¿Agorafóbicos? En fin, todo ello no era más que gajes del oficio, como popularmente se expresa. Eso sí, las buenas propinas no escaseaban y el volumen de trabajo no era tan insoportable como imaginé. A pesar de todo algo me traía inquieto. Desde mi nuevo empleo en el restaurante, el tiempo que destinaba a mis codiciados libros se había reducido mucho. Más cuando la lectura después de la medianoche se me volvió una batalla contra el cansancio de la jornada laboral. Entonces ya no leía novelas ni cuentos. Dormía y roncaba entre hojas revueltas. Acudía a la biblioteca unas pocas horas en la mañana, antes del trabajo. Sentía disgusto de tener que abandonar las salas, en momentos en que menos quería hacerlo, pero en los que las diabólicas manecillas del reloj casi que me llevaban arrastrado. En la biblioteca franqueé muchas de las etapas de mi vida, de mi adolescencia,

desdichas de mi desorientación hacia el “futuro”, sinsabores amorosos, disputas familiares y todo aquello que a lo largo de los años termina por flagelarnos el espíritu. Por eso y muchas razones más, extrañaba mis viejas tardes en la biblioteca, mi descubrimiento de conjuros y dioses, de esos seres extraños, que como pobres diablos arden entre papel y tinta, esos seres cautivos que pueblan la soledad y la ociosidad de ese otro pobre diablo también cautivo que se dice escritor. La historia que me mueve a contar todo esto se remonta a aquellos días en que reduje mi tiempo de estadía allí. Recuerdo particularmente el día en que luego de ingresar a la sala de lectura general, como todas las mañanas, y hojear el periódico matutino, se aproximó a mi silla uno de los empleados de la biblioteca, con aire misterioso. Juntó una silla a la mía y sin darme tiempo de apartar el titular que leía entonces, en la página de judiciales, me saludó llamándome por mi nombre y me pidió, sin pérdida de tiempo, que lo escuchara con atención. Se presentó como Oswaldo Quintero, funcionario de la sección de préstamo externo del primer piso, desde hacía más de cuatro años. No me digas, pensé para mis adentros. Eran, ya no escribamos bastantes, si no excesivamente redundantes sus aclaraciones, a juzgar por el carné que todo funcionario se colgaba del cuello y por las no escasas cuatro horas diarias que yo permanecía entre aquel juego de estanterías repletas de libros. Me costó un poco entender lo que balbuceaba. Dijo algo de haberme visto con frecuencia allí. Mencionó unas cuantas frases que se me antojaron inconexas. Un salpicón

de palabras entrecortadas que saltaban de estar hablando de la economía nacional y las plagas secretas a Julio Ramón Ribeyro. Dijo algo sobre Dios o la religión. En fin, se enredó con sus propias ideas para darme a entender, en las últimas frases, que me ofrecía la posibilidad de adquirir los títulos del catálogo de la biblioteca, en presentación, edición y demás características que deseara, por valores asequibles a mi bolsillo. Solo cuando mencionó las palabras precios cómodos, retiré mi absorta mirada del suelo y de mis zapatos y lo miré a los ojos. Oswaldo, quizás de mi misma edad, lucía ansioso e inseguro bajo un brillante marco de lentes que dejaban adivinar unos ojos verdes inquietos y una incomodidad en ascenso por la situación en la que se encontraba. Las gotas de sudor, que se mezclaban con las viejas cicatrices de acné posadas en su frente, hacían aún más evidente la incertidumbre por la que atravesaba al incitarme a comprar libros robados. No le dije nada, solo lo miraba. Oswaldo desenvolvió un papel arrugado que extrajo del bolsillo interior de su chaleco. Lo puso sobre las hojas del periódico que tenía en mis manos, dio una rápida vuelta, acomodó la silla en su sitio y desapareció en dirección a la sonoteca. Por un momento pensé que aquello parecía parte de una coartada, una conspiración. Pugué pensando que me estuvieran tendiendo una trampa para verme la entrada a la biblioteca. Si bien en todo el tiempo que tenía como suscriptor nunca había incurrido en daños o pérdidas de material, sí era probable que los tuviera hartos con mi presencia por las salas, recorriéndolas con la naturalidad con que

un maleante merodea su presa en los días previos al golpe. Es cierto, me paseaba por la biblioteca sintiéndome como en casa, pero sin agraviar a nadie. Esa tarde salí antes de que los encargados de seguridad empezaran a desalojar y apagar la iluminación de las salas. Al pasar junto a la sonoteca evité mirar al interior aunque me sentí observado. Dos noches después, soñé que entraba en la sonoteca de la biblioteca y Oswaldo aparecía vestido con una túnica blanca reluciente y una cinta negra como de karateka que le envolvía la frente. Me decía que pasara al sótano, que me estaban esperando. Al bajar las escaleras e ingresar a las bodegas de la biblioteca, veía a mis abuelos amordazados y atados a unas rústicas sillas desde las cuales les propiciaban descargas eléctricas a través de electrodos adheridos a sus cabezas. Me desperté sobresaltado y el resto de la noche lo pasé escuchando el ruido incesante de los gatos en el tejado. Al día siguiente, mientras esperaba recostado en la barra del restaurante la preparación de una orden de arroz frito y wanton mee, me sorprendió una débil voz que susurró mi nombre. Oswaldo esperaba al otro lado de la barra con una sonrisa como dibujada con carboncillo sobre tela desleída. De inmediato mi mente recurrió a su imagen en túnica blanca y cinta de karateka, haciendo de mi estómago una gelatina. Nos saludamos y él, nuevamente empujado por un afán que no logré comprender, como advirtiendo en el paso de los segundos un conteo regresivo inminente, me abordó a la mayor brevedad. Se disculpó por aparecerse de ese modo en mi lugar de trabajo. Se disculpó por la intromi-

sión de husmear en la base de datos de la biblioteca para poder encontrarme. Me explicó que, en mi casa, mi abuelo le había dado las señas del restaurante, al haberse hecho pasar como amigo del colegio. Le dije que no se preocupara, que si quería se sentara y se tomara una gaseosa mientras yo esperaba el domicilio que debía entregar. Obedeció como un buen niño de mamá. En una mesa junto a la barra se sentó y observé cómo su mirada se perdía entre las fotografías pegadas en la pared de mis jefes de vacaciones por Shanghái y Berlín. Quince minutos después, salía Zhang Lau, uno de ellos, con una caja de icopor olorosa a especias y condimentos. Eran cerca de las once menos quince de esa noche extraña que Oswaldo escogió para ir a verme, así que, con ese pedido, mis labores terminarían por esa noche. Salimos del restaurante camino a la avenida con la caja de poliestireno y dos botellas de té. Las oscuras calles nos saludaban con su rumor de viernes en la noche, de música festiva, alcohol y diversión. Al mirar a Oswaldo y su paso taciturno, todo esto se esfumó en cuestión de segundos. Me dijo que debía confesarme algo. Entregamos el pedido al cliente a tiempo, gracias a lo cual premió la puntualidad con una bondadosa propina. Sugerí invitarle una cerveza con dicho dinero para poder hablar más cómodamente. Ingresamos por las bebidas a un bar sobre la avenida principal. Tomamos varias cervezas, una tras otra, mientras la charla se desplegaba por nuestras cabezas y lenguas con un fluir natural que parecía decirme que esa charla ya la había sostenido con anterioridad, no solo yo, todos los hom-

bres. Un deja-vú para la posteridad. Lo veo, dos hombres solitarios y casi desconocidos que se cuentan sus confesiones al son de los boleros y el alcohol como si no importara más que la palabra. Un códex que de haberlo descifrado esa noche junto a Oswald, nos habría mostrado la esencia de todo cuanto somos, de todo cuanto es la vida. Ya algo apocado por la bebida, sufrí el remezón de la noche por cuenta de la última confesión de Oswald. Mencionó lo del robo de libros de la biblioteca. En realidad no era el mercado negro literario que yo imaginé. Los libros, decía Oswald, fueron la última esperanza de llevar una alegría a la vida de mi padre. Hace seis meses fue diagnosticado con Enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, el conocido “mal de las vacas locas”. Te jode las neuronas de a pocos hasta desencadenar en un cuadro de demencia progresiva y ceguera total. Quería reunir el dinero suficiente para llevar al viejo a conocer el mar antes que la demencia lo desfigurara, los ojos no le ayudaran y fuera demasiado tarde. Lo absurdo, continuó Oswald, fue que te escogiera a ti, Gabriel, como único cliente para conseguir ese dinero. No tuve cara de proponérselo a nadie más. No funcionó. Mi padre murió esta mañana víctima de una asfixia autoinducida como me dijo el médico. No lo consideran suicidio por no encontrarse a cabal de sus facultades. Para mí es lo mismo.

Gabriel Soto salió a la calle, se posó sobre la acera. Imaginó al padre de Oswald, recordó su sueño

de sillas eléctricas en el sótano de la biblioteca, se remontó al vapor de los platos de arroces fritos con camarones y, cuando ya no pudo más, se dejó llevar por la furia del vómito que resbaló desde su más interno interior hasta vaciarle completamente las tripas.

Salud y sueños en una caja

Ana María Pulido Sarmiento (1995)

Tomé todo mi sueldo y lo usé para saldar una parte de la hipoteca. Hoy sé que no tengo nada que comer y no me importa, no cabe la importancia en cuestión de dinero. Igual tengo esta casa, y no tengo hambre, porque me encuentro lleno de razones hasta el tope. La vida es una porquería, sencillo. La verdad se sostiene sola. No necesito nada más para saber que si muero de inanición lo mismo da, porque la vida es fin.

Estoy hastiado de tener estas ojeras, de que los ojos se me cierren y de que ella no me ame. No soy lo suficientemente bueno para ella, y soy lo suficientemente estúpido como para perseguirla. Sé que estoy enfermo, lo he sabido desde hace mucho tiempo. Estoy obsesionado, y a diferencia de los seres anormales de hoy, a mí todavía me avergüenza la enfermedad, la miseria, el desamparo, la amargura y todas las demás enfermedades que parecen a veces ser productos clínicos de la paranoia.

La guardo en una cajita y la miro. Todas las mañanas la cubro del sol para cuando quiera despertarse, pero nunca se despierta. Tengo que ir al trabajo y comerme la miel de los árboles, porque sigo pagando deudas y la hipoteca de la casa.

El cansancio es una buena manera de demostrar que el mundo es eterno. El centro de la tierra debe ser un lugar muy caliente, lo sigue siendo. Pero es-

toy cansado y lo que digo no hila, hace parte de mi condición de enfermo y ella no despierta, se está quietecita con una sonrisa sin esfuerzo, ¿podrá ser acaso ella distinta?

Solo un tonto podría creer que para que yo pueda dormir tengo que pensar en nada ¿Cómo se piensa en nada, si todo el tiempo pienso en ella? Sería mejor que me dijera –Para que duermas te leeré un cuento–. Me daría elección para pensar en algo. En ser algo antes de la caída en el colchón, del encuentro más profundo con mi mente y sus dilemas.

La guardé en una cajita. Ella tiene lo que quiero. Salud y sueños. Pero no despierta para contarme su secreto o para que me diga que no existe y, así,irme de este mundo sin pagar la hipoteca y habiendo sido honesto con mi estómago. Entonces, me daría a mí mismo de comer, aunque fuera un chorizo.

Estoy triste. Descender nunca, pero no todas las veces puedo pretender que avanzo. Hay veces en que me siento mirando de espaldas a la ventana, y solo puedo pensar en ella. Ella, tan real como yo, está en una cajita dormida esperando algo que sea capaz de despertarla, pero creo que lo he intentado todo y eso me cansa más.

No he de permitirme caer en la desesperación, creeré que la verdad fue puesta en una sola pieza, pero no con un solo sentido. Al menos no lo creeré cuando la verdad es ésta, la respuesta finita de la vida.

Ha abierto un ojo, el otro permanece pegado. Es una bailarina, lo sé por como está vestida. Ha

sonado el teléfono 3 veces, debe ser la compañía inmobiliaria. He comprado almuerzo, pero me siento lleno, un poco más aligerado. La bailarina despega su otro ojo blanco, observa el mundo a su alrededor y suspira. Le canto una canción, la bailarina baila, la veo bailar, aun cuando si la vieran más personas verían solo aire. Está feliz de poder acompañarme en mi descanso. Hay momentos en que la enfermedad es lúcida, es clara. Aunque esté por encima, aun cuando personas de blanco quieran destruirla y no sepan cómo, la bailarina salta, sale de la caja, yo estoy con ella. Tanto tiempo esperándola, en todo lo que hacía. Juega y juega. Caigo en el suelo, en lo súbito del sueño. Cierro mis ojos. Solo duermo, solo duermo.

Una muerte en Granada

Ilse Ávila Cabeza (1996)

Verano de 1923, refugio de artistas. Lo imaginé entre sueños y utopías cuando lo vi por primera vez, una fantasía hecha carne. Alto, esbelto, Histrión... pero detrás de ese aire cosmopolita, sabía que existía un alma tímida.

Bajó de su carruaje y se resguardó en su habitación, y yo, triste. No podía dejar de observarlo. Nuestras habitaciones estaban una frente a la otra, nuestras ventanas permanecían siempre abiertas. Todos los estudiantes del refugio invadieron su recién desempacado cuarto, incluyéndome. Una irrupción de bienvenida en el estrecho espacio sideral... ¿es prudente decir, que olí su esencia sin siquiera conocerlo? ¿Es de humanos declarar que amé su alma, sin siquiera tocarla?

Dios, comienza desesperadamente mi calvario.

El reflejo de sí mismo en las pinturas alrededor de su nebulosa, el profundo color de los ojos de su psique, su bigotito a la francesa... todo, nada.

Mientras todos olfateaban cada centímetro existencialista de su espacio, yo pude otear una de sus obras, inconclusa, en el centro de su aposento, cual hoyo negro flotando en la mente de Dios...

Se acercó a mí, me sonrió y mi alma fue a la otra vida y resucitó

–Eres cubista –le dije.

–No hago cubismo –reaccionó.

–Cubismo es lo que hay por todos lados...

–Mi nombre es Salvador –reprochó con brillo.

Tuvimos una serie de diálogos encantadores. Le dije que mi nombre era André, que era un poeta que venía de Granada. Se acercó Louie, mi mejor amigo, escritor y director de teatro; duro, sufrido, vívido, una médula. Louie lo desnudó con la mirada y le dijo:

–¿A qué te dedicas?

–Soy artista, pintor, dibujante y constructor de genios –dijo con la mirada baja.

–¿Constructor de genios? –dijo Louie–. ¿Qué tipo de genios?

–El mío –sonrió Salvador, y se alejó poco a poco de Louie.

Louie sonrió ante el ingenio de Salvador, como si hubiese encontrado un pequeño genio.

–Debes venir a París con nosotros, serás famoso. Eres algo que nunca había visto –propuso Louie, sin dejar pasar por alto la desesperada forma en que yo miraba a Salvador...

–Louie, por favor –dije–, ¿qué caso tiene ir a Francia? Un país libre con miles de artistas deliberados y sexuales. Esto es el siglo XX, la diferencia debe hacerse acá, en la opresión.

Y como un acto de magia, la habitación se quedó en omisión y el público pudo oír las últimas palabras que pronuncié. Notaron que era un revolucionario en un país conservador, pero nadie se atrevió a soltar un solo comentario. Louie solo miró.

Rezaba a Dios cada mañana para que no me deja-

ra caer en el pecado. Estaba tentando al mismísimo demonio al enamorarme de un hombre. La mañana del 17 de Junio de 1923 salí de mi habitación y vi semi abierta la puerta de su dormitorio y su figura desnuda frente al espejo, su máscara al fin descubierta. Sé que no notó que lo espiaba. Esa misma tarde fue completamente nuestra. Me buscó, fuimos al pueblo, al teatro y nos embriagamos hasta caer la noche. Sonreía mucho. Le recité mi poesía apenas retornamos al refugio, la casa de artistas, y reposamos en su habitación. Al entrar, vi su obra, en el centro, terminada y vi mi reflejo en ella...

–Puedes ponerle el nombre –dijo Salvador.

– “Cenicitas” –respondí– porque puedes pintar mil obras maravillosas, pero al cabo de ochenta años nadie nos recordará, ni a nuestro arte... y solo seremos polvo, reliquias, ecos de nosotros mismos, cenizas. No deben existir límites en la vida, si es que se desea llegar lejos.

–¿Sin límites? –preguntó.

–Sin límites.

Salvador me besó, un beso cálido y tímido, silencioso, que hizo que mis noches fueran incapaces de conocer sus límites en nuestros caminos.

Entró Louie a la habitación, Louie... el homofóbico, el invertebrado. Tengo recuerdos borrosos de aquella noche, pero estoy seguro de que nos observó. Nuestros labios apenas fueron capaces de controlarse, y Louie solo nos miraba, con desprecio... con desgana.

–¿Cómo está mi libreto? –preguntó indignado.

—¿Qué libreto? —respondí, cual estúpido a punto de ser fusilado.

—El libreto que te pedí para mi obra.

Y al parecer mi silencio le molestó, y le dio a entender que no había escrito ni la primera palabra de su amado guión. Louie salió de la habitación. Y Salvador estaba desesperado.

En esos días, Salvador se emborrachaba, incluso más de lo habitual. Él sabía que moría de aburrimiento en la desesperante casa de creadores, y me lo dijo. Dijo que estaba cansado de ver pasar noches de su vida en enteros vicios sin progreso, harto de pintar hasta morir de aburrimiento, enfermo de óleos y lienzos inútiles... yo solo podía darle poesía folclórica y filosofía de revolucionarios.

Y mi condena fue que Salvador aceptara la propuesta de Louie. Se fueron a Francia, incluso después de los numerosos discursos revolucionarios que yo le recitaba sobre aquel país, incluso después de saber que la diferencia no se hacía en un lugar de desavenencias, incluso después de declararle mi amor.

Pasaron ocho años, ocho años de cartas enviadas sin respuesta alguna, carta sobre carta. Cartas que no le mandaba, cartas que yo quemaba, para que me pudiese dar cuenta de que mi amor por él me había condenado al infierno.

No es un “allegro” sino más bien un “adagio” como culmina la historia de mi vida. Un último e inútil acercamiento a Salvador, en un viaje a Francia. Lo encontré, casado con su propia musa,

involucrado en su nuevo arte francés. Asumí, en aquel momento, la derrota como una condición espiritual, un perdedor granadino. Sabía que Salvador era el mismo que había conocido años atrás; la misma conciencia, el mismo bigotito, el mismo arte... pero maquillado con orina francesa... pero lo amaba a pesar de los moretones que me dejó en la psiquis, en mi ánimo. Mi visita fue breve, no suporté verlo ajeno a lo que un día fue nuestro, me despedí de él para siempre.

—¡Volverás! —dijo indignado ante mi rápida partida, como extraños, desconocidos, indiferentes.

Me largué. Para aquel entonces, yo ya tenía fama de romancista, de republicano y homosexual, considerado como un delito imperdonable. Regresé a Granada, retorné a mis raíces, vi a mi familia conservadora... y el gobierno me atrapó, destruyó la casa de mi padre, mi casa. Fusiles, gritos, terror. Vendaron mis ojos, ataron mis manos, condenaron mi libertad, la libertad por la que tanto lucha la revolución. Me obligaron a caminar horas por el bosque, contra mi voluntad... Finalmente, cinco pasos al frente, media vuelta y...

—Solo hay una manera de acabar con un maricón —dijo el jefe de la hilera de hombres armados en frente de mí.

... Y un disparo se oyó, un disparo que perduró eternamente en mi cabeza. Mis ojos aún vendados, recuerdos del Histrión que llegó al refugio hace ocho años, su habitación, su arte, sus labios. Adiós Salvador, adiós fuego y devenir amado, un día nos

volveremos a ver y nadie irrumpirá en nuestras vidas. Solo tú, yo y nuestras obras.

No es el arte, la luz que sosiega nuestras almas, es primero el amor...

Un paso después

Daniel E. Laiton Moreno (1995)

Fue consciente, estaba vivo. Lentamente comenzó a sentir su esforzada respiración. El movimiento exagerado de su pecho causaba en él la claustrofobia que nunca antes había padecido. Se sentía impotente. El aire era pesado, el piso húmedo y hacía un calor sofocante. Más allá escuchaba las voces de personas que recitaban a la par infinidad de oraciones y llantos. Sus ojos todavía no se abrían, y sentir los sonidos de las personas causó que en su frente gotas heladas de sudor se derramaran por su rostro. La imposibilidad de mover sus brazos era casi desesperante y enloquecedora, era una estatua humana. Pasó un tiempo y las oraciones comenzaron a cesar, solo el sonido de susurros llegaba hasta donde él se encontraba, un fuerte golpe imposibilitó aún más escuchar lo que decían aquellas personas. Todo parecía estar al otro lado de algo. De repente, trató de tomar aire por la boca (como ya llevaba haciendo varias horas atrás por la falta de voluntad y por el agotamiento), pero la sequedad en ésta hizo la tarea más difícil. Se atragantó en su propio lecho, único y desconocido lecho. La falta de oxígeno lo obligó a retorcerse desesperado, con un dolor infernal en su cuerpo; se movió de lado a lado mientras su cuerpo pedía ser escuchado. Sin voz. Solo sus manos lograban contraer la tensión que en él recaía la vida que poco a poco sentía que perdía. Logró tomar aire.

Un momento de silencio. Fue sacudido, y el caminar de varias personas se comenzó a escuchar. De nuevo, logró sentir sus pies, sus manos, sus dedos, su torso, su cuerpo.

Dos minutos, tres, cuatro, lo decidió. Abrió los ojos y se acordó quién era: El doctor Luciano Pas-trán. Miró hacia arriba, sus pupilas estaban totalmente dilatadas por lo que no podía ver bien en dónde estaba. Todo era negro. Trató de recordar qué había pasado la última vez que tuvo conciencia... Nada. A su mente solo llegaban aquellos recuerdos que fueron tormentosos, efímeros todos. Luego recordó a sus hijos, a su esposa, su infancia, los momentos.

Como un impulso desde el cerebro, los dedos de sus manos comenzaron a moverse con facilidad y serenidad (no cesaban los pasos); como un ciego que quiere conocer, Luciano comenzó a tocarse y sentir detalladamente cada recoveco de su herido cuerpo. Llegó al corazón. Los pasos paran y, de nuevo, suenan las constantes oraciones, mientras el continuo golpe de algo contra la tierra estremece los oídos de Luciano. Una luz amarilla se prendió en el techo justo encima de él. Sintió quedarse ciego. La luz era como aquel sol que durante un tiempo lejano no había visto; la luz era tan penetrante y amarilla que no lograba identificar qué era lo que iluminaba así. Cerró los ojos con las ansias de que su pupila se lograra ajustar; parecía imposible, la luz cada vez era más y más fuerte. No sabía dónde estaba, Luciano, lentamente, con ayuda de sus co-

dos se fue levantando. El dolor era torturante, pero él, como un masoquista, intentaba olvidar los dolores y averiguar en dónde estaba. Sin dejar de ver sus vestiduras empapadas por el sudor, logró sentarse, respiró y se miró las manos llenas de sangre... Miró a su alrededor, solo se escuchaba el aire de su cuerpo salir de su boca con pronta lentitud, y a lo lejos los rezos imparables, enloquecedores.

El lugar era una habitación de cuatro paredes hechas de adobe. Del techo, a no más de 4 metros de altura, colgaba un bombillo amarillo justo en el centro del cuadrado. No había puertas, ni ventanas, solo la soledad. El piso, hecho de tablas de madera de más o menos 8 centímetros de ancho color tierra, no parecía ser muy nuevo. A cualquier movimiento el crujir de la madera estremecía la habitación.

¿Cómo llegué acá? ¿Sin puerta, sin ventanas, sin nada?

Un profundo suspiro hizo que Luciano agachara la cabeza y recapacitara sobre lo que estaba sucediendo. Todo era tan igual... No era una pesadilla... Mucho menos un sueño... Solo él en un lugar donde nunca más había estado antes, herido sin saber por qué. Trató de gritar, fue en vano; no tenía voz. No se acordaba de nada, tan solo llegaban a él recuerdos efímeros. Continuaba observando la habitación. Decidió esperar, escuchar lo que supuestamente sucedía afuera. Fue sacudido y "afuera" un grito chilló, los oídos de Luciano escuchaban más y más veces el eco del grito; una joven.

Lágrimas. Desde sus ojos, las lágrimas comenzaron a derramarse. La impotencia y la desesperación de no saber dónde estaba lo invadieron y el grito mudo de su cuerpo perturbó en su mente.

Cadenas sonaron durante un tiempo. Luego, fuertes golpes desvanecían lo poco que se escuchaba aún de quienes rezaban y lloraban. Todo quedó en silencio, no volvió a sonar nada.

La altura y la oscuridad del techo parecían atractivas. Durante los minutos de silencio, Luciano buscó la oportunidad para encontrar una salida, una señal. Las paredes con sus relieves blancos formaban leves sombras que se difuminaban con las partes iluminadas por la luz amarilla del bombillo, haciendo formas alucinantes. No lograba encontrar movimiento en sus piernas, solo conseguía mover su cuerpo de la cadera para arriba.

Todavía sentado en el piso, a cada movimiento rechinaba el eco debajo del tablado, donde las ratas habitaban hambrientas a la espera de ser descubiertas. A su espalda sonó un golpe duro y conciso. La habitación quedó en un silencio tan profundo que los oídos de Luciano sintieron un leve silbido. Con miedo volteó lentamente, mirando con el rabillo del ojo. No vio nada. La pared estaba tan insignificante como las otras cuatro. Agachó la mirada con lentitud, y ahí, detrás de él, vio una copa de vidrio llena de agua. Luciano se ingenió la manera de mover su cuerpo los 180 grados para poder coger el agua. La sed lo estaba matando y las ganas de tener contacto con algo nuevo lo intrigaba. Tomó la copa

y, con las manos temblando, la olió por todo el borde. Comprobó que era agua y comenzó a beberla, mojó sus labios ya partidos y encontró una relación entre él y el agua, como si nunca se hubieran separado. Solo disfrutó sentir cómo bajaba por su garganta, como un manantial, tan pura, tan fría, tan refrescante. Ya, al acabarse el agua, vio un retazo de tela blanca justo donde había encontrado la copa, la abrió y decía: Es el Karma.

Eso fue extraño

María Paula Montoya Gacharná (1989)

¿Recuerdan... cuando eran pequeños y creían en historias fantásticas que les contaban sus hermanos mayores, sus amigos o hasta esos niños que acababan de conocer? Esta historia trata de algo parecido, con una pequeña diferencia... A mí me pasó. Siendo una niña, siempre creí que fue real, para mí fue maravilloso, extraordinario, fabuloso y simplemente real. Sé que algunos ya querrán escuchar qué fue eso tan maravilloso, extraordinario y fabuloso que me dejó así...

¡Ah! Pero antes, debo decirles que ésta no es mi historia. Todo se originó a partir de un lugar muy alto, en unas grandes montañas de las cuales me enamoré. Éstas tenían flores de todos los colores y olores que me hacían soñar, pero más que eso, encerraban grandes recuerdos, fantasías y secretos que no logré entender, hasta que lo vi todo.

Bueno, yo era más pequeña. Con tan solo cuatro años, escuchaba historias de fantasía, piratas, hombrecillos y doncellas, ¡cómo me gustaban esos cuentos! Esa era la mejor forma que encontraban quienes me cuidaban para entretenerme todas las tardes después de regresar del jardín infantil.

Cuando comenzaban los relatos, era hora de sentarse, mirar por la ventana e imaginar ¿Cómo sería el universo si algún día pudiera ver, tocar y hablar con cada uno de los personajes de estos mundos?

En ese momento recordé a mi profesora cuando nos habló sobre las personas de los otros países en los que la gente hablaba inglés, italiano, alemán y muchos otros idiomas.

Por un momento me pregunté: ¿dónde están esos países? Quedé con la mirada fija en mi gran montaña, medité por un momento y grité: ¡lo que dijo Facundo es cierto! Resulta que Facundo era un compañero no muy querido en el jardín infantil porque siempre decía cosas que nadie entendía y luego explicaba que eso se lo había dicho Sebastián, su amigo imaginario. Recuerdo que un día lo castigaron por decir, creo, una palabrota a la profesora.

Bueno, nunca entendí por qué le había dicho a la profesora que “él no era ningún caído del zarzo”, parece que eso ofendió bastante a la profesora porque, enfurecida, lo correteó por todo el colegio con una regla en la mano —eso me recuerda a mami cuando papá se quiere pasar de listo, o eso es lo que dice ella, y ella coge el molinillo del chocolate como si quisiera pegarle a papá, pero siempre termina dándole un pellizco en la cola.

Ese día después del castigo, Facundo me dijo que la gente que vivía en otros países era muy rara y, no precisamente como la imaginábamos, que tenían piernas largas; que los brazos o eran muy largos o muy cortos; que todos tenían colores muy raros en sus pelos y ojos: rojo, amarillo y hasta verde y que estos últimos tenían muchas formas; que al hablar usaban letras que nosotros conocíamos pero no decían palabras, era como escuchar un trabalenguas

muy pero muy rápido. Me dijo que todos podían verlos, si así lo querían, pero que casi nadie lo hacía porque les daba pereza subir hasta la punta de la montaña y, luego, bajar del otro lado como en un rodadero.

Siempre había creído que ese niño decía cosas muy raras y chistosas, pero, ahora que lo pienso, eso debe ser posible. ¡Tenía que ser la verdad! Pero ¿por qué no se veía a nadie subir? ¿Será que son peligrosos y, tal vez por eso, alguien había construido esa montaña tan alta?

Tenía que saber más, entonces le dije a Sofía, la mujer que me cuidaba, que me llevara a la casa de aquel niño para poder jugar toda la tarde con él. Lloré, me arrojé al piso y lancé mis juguetes, hasta que ella accedió. La casa de Facundo quedaba a tan solo cinco manzanas, entonces me subió a mi sillita, en la parte posterior de la bicicleta, y comenzamos la marcha hasta esa casa. Yo estaba tan entusiasmada, por fin sabría la realidad sobre esas personas de otros países, por fin, será un hecho. ¿Y si Facundo me decía que no eran peligrosos, que no comen niños y que no nos alejarían de nuestras familias?, si eso pasaba, me alistaría para verlos.

Llegamos y Sofía tocó a la puerta. Ahí estaba Facundo escondido detrás de su niñera Julieta, tenía un babero de los Power Rangers y debajo se podía ver la camiseta de Dragon Ball.

Me llamó con un grito y dijo: —¡Luna, ven a jugar!—. Me quité el casco y corrí a su cuarto, allí le dije que me siguiera contando cómo eran esas per-

sonas de otros países. Me dijo que eran muy raros y no eran como nosotros pero que no eran malos, y menos con los niños, que siempre tenían problemas con otros como ellos, pero que con los niños no, porque los que eran como ellos crecían muy rápido y nunca veían niños por más de unos meses.

Entonces no había parques ni nadie jugando. Pregunté: —¿Cómo sabes tanto?—, y me dijo: —¡Sebastián me llevó!

En ese momento, aprovechamos que nuestras niñas estaban hablando y emprendimos la huída a la montaña, llevamos la lonchera llena y a mi amigo favorito “Flip” (un sapo de trapo). Comenzamos nuestra larga caminata, sabíamos que duraría muchas semanas, y que los peligros serían muchos. Facundo llevó la espada samurái que su papá le había regalado y, como si fuera cantimplora, una cabeza gigante del Power Ranger rojo. Caminamos durante días y en las noches, encendíamos nuestros relojes de linterna, esos que durante una piñata nos habían regalado.

Por primera vez en mi vida no extrañaba a nadie de mi familia, solo quería llegar a la cima de la montaña y deslizarme del otro lado como en un tobogán.

Comencé a ver árboles cada vez más altos, eran tantos que todo se oscurecía, entonces, Facundo me dijo: —Cuando suene el búho significa que debemos deslizarnos.

Seguimos caminando, él delante de mí, con su espada de plástico rompía ramas para que pudié-

ramos pasar. En ese momento sonó un búho y comenzamos a caer, como durante el recreo cuando, después de hacer una gran fila, lográbamos subir y mirar a nuestro alrededor, ver desde la parte más alta todo el colegio, el jardín infantil y, más allá, los niños de primaria que ya eran mucho más grandes que nosotros, con quienes no nos dejaban jugar, porque decían que eran tan grandes que de pronto nos empujaban. Sí, desde ese lugar se podía ver todo, hasta que un niño se enojaba y comenzaba a empujar.

Ese tobogán en el que estaba con Facundo era gigante. Desde ahí se podían ver las grandes puertas de la ciudad, los caminos y ¡la gente de colores!, entonces grité: —¡Esto cuándo se detiene!—, y Facundo contestó: —¡En unas horas!

Pero, de pronto, escuché: —Luna. Luna despierta, hija debemos irnos. ¡Ah, Sofía, estos niños se volvieron a dormir en su campamento de sábanas!

Relato de una rosa en invierno

María Camila Franco (1995)

Eran los últimos días antes de la nevada. Una tímida gota de rocío se posó sobre los pétalos color carmín de la flor cuyo aroma marchito era dulzón y atrayente. El otoño había dejado su huella en las hojas que se resistían a morir; la brisa mecía las que habían caído, y creaba remolinos con ellas, jugaba y retozaba sin reparar en el tiempo.

—Esa es la facultad de lo sublime —pensaba, mientras se abstraía en cada detalle del jardín y se cubría la vista del polvo, cada vez que una de sus plantas se aletargaba, y quizá eso fuera lo más apasionante para su mente trascendental—. Llegará el día de mi letargo también, pero ¿cuánto durará la helada? —esa era la pregunta que siempre le aquejaba. El atardecer cobrizo le sonrió, despidiéndose con unas cuantas estrellas madrugadoras, y la noche cubrió a su rosa. Dirigiéndole una mirada tierna, cerró puertas y ventanas, atizó el fuego de su chimenea y durmió plácidamente.

El cambio que sufrió la temperatura al otro día fue brusco, mas no inesperado. El equinoccio había pasado y gran parte del hemisferio se había aletargado o aprovisionado. Cuando alcanzó su banco, notó que el rocío se había tornado en diamantinos cristales que adornaban las tercas flores empeñadas en sobrevivir al invierno, como se decora la mor-

taja de una gran reina cuyos años están prestos a terminar.

—¿Y el orgullo? Puede ser bello cuando de Madre Natura se trata —y con una manta como arma, se dejó perder de nuevo entre las platinadas filigranas del invierno, quizá entre alguna de esas horas halló el amor, perdió el miedo y revivió antiguos pasajes sin sentido que parecían ser ahora verdades universales. Y de nuevo contemplaba a su rosa, a Dulcinea como la llamaba, pues en su perfección aún se negaba a marchitarse— ¿Sabrá su conciencia que pronto quedará sola en medio de un universo blanco? ¿Será acaso vanidad lo que la insta a luchar contra lo inevitable?

Aquel rosal sólo había dado una flor, a esa única Dulcinea con pétalos tan fuertes que parecían capaces de resistir hasta la cortada desalmada de un jardinero, aunque era poco probable que éste no se maravillase ante esos pétalos de terciopelo rojos, como la pasión, junto con su tallo esmeralda. Pero incluso así, parecía destinada a perecer, esa era una certeza dentro de su ser, y una leve desesperanza le invadió, —Muchas veces nuestros sueños no pueden encarnizarse contra lo que ha sido determinado —se dijo antes de regresar a su hogar. Gracias al invierno, las noches se hacían largas, y los días cortos, cada vez pasaba menos tiempo en el jardín, pero se conformaba con poder sentarse frente a la ventana y contemplar mientras decía para sus adentros: — Ha de ser cierto, que en los últimos días, en el anochecer de la vida, es mucho más sencillo apreciar,

pues así se entierran recuerdos amenos, y sonrisas, profundas al morir.

Y, así, entre vientos juguetones, la escarcha cubrió tranquilamente los matorrales desnudos, las ramas se adornaron de estalactitas y el rosal de Dulcinea permaneció firme ante su resolución de no caer, aunque parte de él trastrabilló congelada. –La tenacidad que envidiaría cualquier general de la antigüedad puede verse en una de las más bellas apariciones del jardín, Dulcinea, mi Dulcinea, ojalá tengan piedad de ti.

Llegó una mañana en la que el blanco reflejaba perladamente la luz del sol y no había atisbo de hierba, no podía verse nada más allá de un inmenso mar de cúmulos aterrizados, tan puros, tan fríos, tan indiferentes al mundo. Una lágrima se asomó por su mejilla. –Era imposible que sobreviviese. La piedad no está hecha para lo efímero –decía, mientras se esforzaba en afrontar su reciente pérdida, pero levantó un poco la vista, y la vio, alzándose como un navío naufragado entre el helado mar picado, escarchada, bella y agonizante–. Tu terquedad será tu perdición –le murmuró empañando el vidrio.

Sus cortos días y largas noches se redujeron a contemplaciones más trascendentales. Estando el color oculto a su vista, su mente divagó entre sus recuerdos y sus pasiones. –Las aves vuelan lejos del invierno, y yo vuelo lejos de la muerte. Jamás tendré la tenacidad de mi Dulcinea, y habré de caer en sus garras vulgarmente atenazado en mis rencores, sin haber aprendido a amar, más que desde las pa-

siones y a ellas mismas –dijo, mientras su flor se tornaba más y más en una moribunda estatua de cristal.

Ya no sabía la fecha en que se hallaba, puesto que, sumido en sus cavilaciones, se había descuidado en llevar el calendario y de vez en cuando murmuraba –Resiste Dulcinea, el invierno pasará, sé fuerte... Resiste –y apenas el vaho le impedía verla, limpiaba frenéticamente el cristal porque no quería perderse ni un instante de su valentía–. He volcado mis esperanzas en una flor y mis sueños en lo imposible. Quiero luchar contra el mundo solo para ver esos tersos pétalos descongelarse en primavera. A esto ha de haberse referido el poeta enamorado, la terca criatura se está enfrentando al invierno, sin más apoyo que un viejo que le susurra para que no la escuche.

Atizó el fuego por costumbre y porque la noche se sintió más fría. Mientras dormía, supo que la primavera estaba cerca, sintió una gran llama crecer en su pecho, porque lo inevitable sólo es inevitable si así se desea, y lo imposible se crea desde la posibilidad de su creación. Soñó con buenos deseos y con un gran futuro, tendría un invernadero y Dulcinea estaría ahí. Ella sería el centro, la perfección, todos la admirarían como él durante su contemplación de invierno.

Un golpeteo repetitivo lo arrancó de su mundo maravilloso, cuando abrió los ojos, no pudo ver hacia el jardín porque trazas de nieve se arbolaban y dificultaban la vista, y el ulular del viento ya no era

juguetón sino amenazante. Sin dudarle un instante se vistió en sus ropas de invierno (cosa que no había hecho en muchos años) y, tomando un farol, se escapó de la seguridad de su hogar, caminó tortuosos pasos hacia el rosal, mientras gritaba desesperado: —¡Dulcinea! ¡Dulcinea! Mi amada ¡resiste! ¡La ventisca no parará tu fuerza! ¡Dulcinea!

Mientras apartaba la nieve que le cubría las pantorrillas, se acordó que su amor no podía oírlo y, cuando tropezó con las espinas del rosal, le atenazó un vacío en el corazón. Iluminó el lugar y la ventisca amainó. Cuando la luz asustadiza del farol se posó sobre Dulcinea, la halló sobre la nieve, no le pareció muy distinto de un asesinato. Sus hermosos pétalos de terciopelo estaban regados de manera desordenada y su tallo esmeralda era ahora de un café marchito. Se arrodilló, se arrancó los guantes y recogió los pétalos con una ternura maternal y desesperación febril en los ojos —¡No! ¡No!, la primavera está cerca, ya viene, ya viene, debes resistir, debes resistir —gritaba, mientras reconstruía suavemente el cuerpo de la rosa. Sin embargo, el viento se burló y lanzó los pétalos contra su rostro, y lo poco que quedaba del helado tallo se rompió.

Sin pensarlo ni un instante, lo agarró entre sus manos, enterrándose las espinas en la carne rosada y fría, gimió del dolor y se separó instintivamente de aquella sorpresiva sensación. Ella cayó junto a él, con los pétalos amarrotados y muertos. Lloró solo. En medio de la ventisca maldijo al rencor y le guardó rencor al rencor, se dejó caer en la nieve; maldijo

la existencia de ésta, luego a la suya propia y a sus memorias vacías, se acurrucó y esperó el amanecer junto a su rosa. Cuando el sol se asomó, le halló muerto junto a ella.

Hermosa Clara

Diana Alejandra Quisobony (1989)

La muerte no es cosa de un instante, quizás todos morimos un poco cada día hasta que finalmente no nos quedan más fuerzas para seguir vivos. Pero aun teniendo conciencia de este hecho, nos aferramos a la vida buscando un elixir que nos salve, un remedio que mejore nuestra salud y un milagro que reviva nuestro espíritu. Clara lo entendía, lo comprendió en los primeros años de su infancia y perdió el miedo al comenzar su adolescencia. Un día supo que iba a morir y no sintió dolor en sus huesos o malestar en su cuerpo, no sintió nostalgia de la vida o temor por perder lo que todavía no tenía. Simplemente sabía.

Reunió a su familia un fin de semana para comunicarles la noticia, sin ensayos ni exámenes médicos que corroboraran sus afirmaciones, sin notas de angustia ni lágrimas de añoranza. Pero ellos, tan ocupados en el vaivén de sus vidas, en sus reclamos no respondidos y en la imposibilidad de alcanzar sus sueños, no se permitieron captar aquel mensaje de sabiduría. Después de todo, ¿quién puede, en el mundo, predecir algo como la muerte con tanta exactitud? La tía rodeó con los brazos a su sobrina, calmando su asombro y buscando la razón entre las divagaciones de su dulce Clara quien aún no cumplía los 20 años de edad y, sin embargo, ya se despedía.

Clara murió el miércoles sintiéndose completa y realizada con su existencia. Durante las horas de la tarde, el teléfono timbró insistentemente sin lograr revivir a la muerta. Finalmente la familia, guiada por un temor extraño ante la veracidad de las palabras de la joven, corrió presurosa a su encuentro y sintió el frío sepulcral al atravesar la puerta principal. La encontró en su cama pálida y un tanto ojerosa, pero dueña de una sublime expresión que contagiaba cierta paz al mirarla.

El velorio tuvo lugar en la tarde del día siguiente, en el ambiente de las lágrimas que rozaban las mejillas de los familiares incrédulos del fin de semana. Tenían escondido el corazón entre sus lamentos y en fila se despidieron de su querida sobrina, hija, prima, nieta. Clara se veía hermosa, mucho más que el día anterior. El vestido de encaje cubría delicadamente la blancura de su piel y desprendía un dulce olor floral que calmaba el dolor del alma de los presentes.

Para el viernes al medio día se programó el entierro, cerca a un olmo grande y fuerte que cubría con su sombra el ataúd abierto de la bella muerta. El día anterior, los familiares habían adjudicado la belleza de la joven a los delirios de sus mentes y la nostalgia en sus corazones, pero bajo los tenues rayos de luz que se filtraban entre las ramas, Clara parecía aún más hermosa, como si cada segundo su piel se iluminara y sus labios se enrojecieran. Pronto tuvo

una apariencia sobrehumana, de hada o sirena, de diosa angelical. Nadie parecía dispuesto a cubrir con tierra el milagro que presenciaban. El dolor de la partida había sido reemplazado por una mezcla de tranquilidad y curiosidad. Cuestionamientos sin respuesta por aquel fenómeno exquisito.

Los trabajadores del cementerio, intrigados por las largas horas que duraba el entierro, se sumaron al pequeño grupo de familiares consternados que carecían de la capacidad para decidir el paso a seguir. Pronto, más personas se unieron, encantadas por la belleza de Clara. Todos se oponían fuertemente a que siquiera un gramo de tierra y arcilla tocara la piel de la joven. El ambiente había cambiado, ni un ápice de tristeza se vislumbraba en los ojos de los invitados y los que no lo estaban. Los problemas se olvidaron, el vaivén de sus vidas fue apaciguado, los reclamos silenciados y los sueños alcanzados. Clara lo entendía; no había ofrecido al mundo grandes descubrimientos ni inventos que cambiasen el curso de la historia, pero su regalo había sido aun más auténtico, mágico y valioso: la sabiduría de la belleza de la vida sin temor a la muerte y la sublimidad de la muerte que no le teme a la vida.

Surgió como una epifanía y los asistentes cerraron los ojos al captar el mensaje. La tierra y la arcilla cubrieron la piel blanca y el olor floral. Los trabajadores regresaron a sus labores, los niños a sus juegos y el sacerdote a su parroquia. La familia

retornó unida a casa con un sentimiento de añoranza y alegría fruto de la última enseñanza de su hermosa Clara.

**De
Loe
Stia**

Eclipse extraviado

Dénniss (1993)

“no estoy en dificultad:
estoy en no poder más”

A. Pizarnik

Perdida,
completamente perdida.

Desecho los días,
las hojas acolchonadas
y las historias de
mis certezas.

Acábome.

La noche es clara
y profunda,
aguarda mis listas,
los retazos de piel
remendados a oscuras.
La noche está rota
por la mañana.

Perdida,
completa en un abismo.

Todo esto que
me ocurre es foráneo
a mi redonda

son yagas todas en cada
uno de mis cardenales puntos.
El mundo yaga
sin aviso.

Todo esto es un azar
que me hace daño.

La noche es prófuga
y huye de este
humo el mío,
la noche tremenda
y acostada
recuerda mis deseos
de hace tanto
mañana.

La noche
temblando me anota
en su lista de
asediados para
esconder en el
agujero de su
ruido silenciado por
la calle.

Perdida,
completa efigie rompecabezas.

Pueril veto de mis
manos vetado a
seguir
por seguir.

Perdida
en un desierto.
Infante involucionado
retorciendo inocentes espinas.

La noche es clara
y profunda.
Acábome cavilante
acábame despacio.
La noche tiene brillos
y despedidas extranjeras.

Asida por la melancolía,
en ella
marchita de
sombras asidas a
mis formas.

Intrazable.

Las palabras en un viento
noctámbulo están
y en ellas
me voy
perdida.

A Ana María, la arruinadora de la física Einsteniana

Eldanzator (1994)

Un inédito fenómeno experimenté, inconcebible a
mi razón,
que se escapa de la intelecta organización.
Búrlesele con jocosa gracia Ana
de la nueva física Einsteniana

Te conocí tras las persianas,
creyendo en el rígido modelo establecido.
No obstante, apareces tú, metafísica criaturita,
Y, con dádivas de transformar el tiempo y el espacio,
cambiaste mi percepción de la realidad vivida.

Al encontrarse mi metódica mirada
con tus dos astros lumínicos emanadores de energía,
decrece el tiempo, se ensancha el espacio,
mi cuerpo se estremece y mi torrente rojo cabalga
desbocado.

... Reflexiono taciturno lo pasado, ¿es esto real?
¿EINSTEIN FUE BURLADO?... E infiero:
Tus ojos de luz pura sobrepasan la velocidad lumínica
establecida,
fluctuando ondas que chocan con mi cuerpo.
Decrece el tiempo, se ensancha el espacio
mi cuerpo se estremece y mi torrente rojo cabalga
desbocado.

¿Cómo un escuálido cuerpecillo de mujer creciente
alberga la fuerza de soportar, en cuencas,
dos astros celestes alteradores del tiempo y el espacio?

No busco amor porque el amor me escupe,
no busco pasión porque la pasión me engrilla,
no busco tus ojos porque les temo.
Busco entenderte porque no entiendo
cómo destruyes lo que yo creo,
cómo lo arruinas con tus dos ojos.
Después sonríes y me destrozas.

El culumpio en el árbol

Daniela Andrea Moreno Mogollón (1997)

Cuando se asoma por el horizonte
el primer rayo de luz,
las hojas caen,
el otoño se aproxima
y se teme por el invierno.

Sin esperarse, la luz desaparece,
una vida se acaba,
la cuerda se rompe y
al suelo como siempre,
sin esperanza;
se aguarda a la muerte.

Viendo hacia arriba,
la rueda se mueve,
la cuerda se rompió;
el árbol intacto y las hojas cayendo.

Sin comprender cómo,
sin idea del porqué y
titubeando el ayer
que es ahora,
los ojos se cierran,
la sangre no circula,
el corazón no late,
el aire no entra y la muerte llega.

El ocaso de mi ligera tempestad, ¡¡¡el alba de mi felicidad!!!

María Alejandra Nomesqui Olaya (1996)

¡¡Oh!!, que sea la pálida luz
que reluce en el horizonte...
magnánimo caos que hoy me desgarras,
anunciando que solo es su partida.

Sacros sean los pálpitos de mi alma,
cuya felicidad no se describe,
cuya dicha se acrecienta...
¡¡oh!!, qué bella y codiciosa es la levedad...
que tus ojos me provocan...

que tus manos me relajan...
¡¡¡oh!!!, ninfa mía, clara la luz del día expresado en
tu rostro...

contagias la idónea belleza,
¡¡¡te digo que eres la envidia!!!...
del sol, de la luna... de la magnífica ventana al cielo
que atrae al hombre enamorado.

Entre tanta prole y designios falsos,
eres tú mi gran verdad... entre el corazón amargado
y la codicia de los obtusos,
eres tú mi gran alivio. Corazón nuevo,
corazón benigno, dame tu amor...
yo quedé lisiado a tus encantos... mi corazón te lo
regalo.

Apología a un lobo

Jonny Alberto Ávila Manrique (1990)

En el frío corazón del bosque vivían tres cerditos
que escaparon de su granja, pues querían seguir
vivitos.

No les gustaba que experimentaran con sus entrañas,
pero de ahí el poder de que ellos hablaran.

Eran hermanos estos tres cerditos,
sin embargo cada uno en su ranchito
y con la familia mejor de lejitos.

Porque recuerdos sombríos tiene un cerdo
cuando problemas tiene con su alimento.

El lobo siempre los andaba acosando,
pues sabía que a estos chanchos
nunca les faltaba el alimento en su plato.

Este lobo no puede quedarse sin aliento
a trece lobitos él les adeuda un alimento.

Para evitar al lobo
los tres hermanos cerdos
llegaron a la conclusión y decidieron:

Hacer cada uno su propio hogar,
el pequeño lo hizo de paja
para antes terminar,

pues así poder fumar.

El mediano construyó una casita de madera,
que mejor que un hogar de paja sí era,
y a éste lo esperaba una gran canasta de cerveza.

El mayor la mandó a hacer de ladrillo,
presumiendo a sus hermanitos
su gran estructura hecha con material más fino.

Sin guardarse la opinión
el mayor les dijo a los otros dos cerdos
con un tono más bien altanero:

–Es muy mala idea
hacer una casa de paja o de madera.

Con un grito el presumido hermano mayor dijo:

–Ya verán lo que hace el lobo con sus casas.

Mientras, sus hermanos rompían en carcajadas.

Pasaron las horas,
pasaron los días
y de aquel lobo feroz nada se sabía.

Un primero de mayo este lobo aparecía
con su cara triste, pero lleno de valentía;
diez cachorros ahora tenía,
ni uno más de su familia
tendría que perder la vida.

Fue a buscar al cerdo pequeño
para que le ayudara en su lamento
mejor aún le brindara un alimento.

Pero sin ningún resentimiento
este pequeño cerdo
decidió ignorarlo.

El lobo de repente tosió y tosió y, así, la casita de paja
derrumbó.

Intimidado el pequeño cerdo por la demacrada cara
del lobo,
corrió y corrió a refugiarse en casa de su hermano
mediano.

Pero el lobo tosió y tosió y, así, la casita de madera
derribó;
el lobo ya había pedido perdón
pero los dos chanchos, mediano y menor,
salieron pitados hacia la casa de su hermano mayor.

Casi sin aliento el lobo, pegado a sus talones,
pedía disculpas a estos tres chanchos varones.

Llegaron a la casa del hermano mayor
los tres se encerraron dentro
atascando el patio lleno de alimento.

El lobo dio vueltas alrededor de la casa y dijo:
–El dueño de esa granja y de ustedes cerdos
mató a mi esposa y a tres de mis hijos los dejó muertos.

Contestando el cerdo mayor:
–Culpa no tenemos,
pero entra por la chimenea y aquí hablaremos.

Con una escalera trepó hasta el tejado
entró por la chimenea como se lo habían indicado;
el lobo muy confiado cayó sin pensarlo
dentro de una gran olla que le habían preparado.

Terribles aullidos se oyeron a lo largo
de este viejo y frío bosque ya destrozado.

A usted, querido amigo lector,
¿cenamos carne de lobo?, o ¿qué sería mejor?

Amor ausente

Luis Eduardo Molina Rivera (1996)

En la tibia noche de un verano,
el apacible murmullo del viento
trae hacia mí, un triste lamento,
el recuerdo de un amor lejano.

Aflora en mi mente, agobiada
por la nostalgia de una ausencia,
la sutil imagen, ¡bella esencia!
del hermoso rostro de mi amada.

¡Mi alma gélida como témpano,
espejismo real que aparece,
mi corazón suspirando en vano!

El horizonte sombrío resplandece,
añorando tu regreso cercano,
¡todo a mi alrededor florece!

El gato negro

Andrea León (XXXX)

Vive en mi casa un gato negro
que esconde en su mirada algo oscuro
un secreto tal vez del inframundo
un corazón frío del cual me alegro

Ese felino que una batalla nunca pierde
pues sus ojos matan al verlos
sus piecitos quiero cogerlos
y con tan solo un beso me hiere de muerte

Entro a un cuarto y lo encuentro dormido.
En tanto silencio me siento sola
y el vernáculo momento borra mi ira

¡Entonces oigo un maullido!
Acabo de pisar su cola
luego me mata cuando me mira

El tren de las cartas

Juan David Castaño Londoño (1996)

Quizá debí correr a la madrugada
para buscar esa carta,
aquella que dice:
Volveré a escribirte.
Y recobrar la esperanza.

He soñado...
Solo en la noche,
pues me es imposible durante el día,
con miles de cartas,
todas, con esa fina letra de tu alma.

Escucho el tren
que corre con ayuda del agua y deja vapor;
aquel que lleva cartas
hacia las casas que necesitan noticias
o casas que desgraciadamente
reciben tristeza en letras.

Me mata la curiosidad
por saber si alguna vez
llegarán a mi casa
cartas, de amor, horror.
No sé...
Pero cada vez
que siento el sonido
del tren de las cartas
mi corazón se mueve

solo esperando si hay algo para él.

Y hoy ha llegado...
una carta que ha detenido mi corazón
que lo ha hecho llorar...
Sigo leyendo
y no encuentra explicación.

He terminado de leer
y me invade la angustia,
mis ojos se leen,
mi corazón no lo cree,
mi esperanza desaparece

Lo que me temía...
Esta cara es diferente
hay un adiós sin un volveré a escribirte
ni tampoco con la instrucción
de cómo olvidar este amor.

Manifiéstate

Ana María Jaimes Martínez (1995)

Un susurro es un grito estruendoso
cuando el silencio es el mejor de los discursos,
si no hablan las palabras
que hablen las miradas.
Que callen las voces injustas,
que se de paso a las sinfonías de la verdad,
donde los instrumentos somos tú y yo,
donde tú y yo somos manos.
Lucha, lucha y vence con las curvas del júbilo,
besa el egoísmo y mávalo,
sóplalo, que vuele lejos, que se pierda.
Regala tus ojos a los sueños ciegos
y tu voz a la muda esperanza,
que de la mano caminan
perdidos entre las calles,
entre los cabellos de los transeúntes.
Que el mundo tiemble con tu andar,
que el eco de cada paso
despierte la utopía que es real
en esta realidad increíble.

